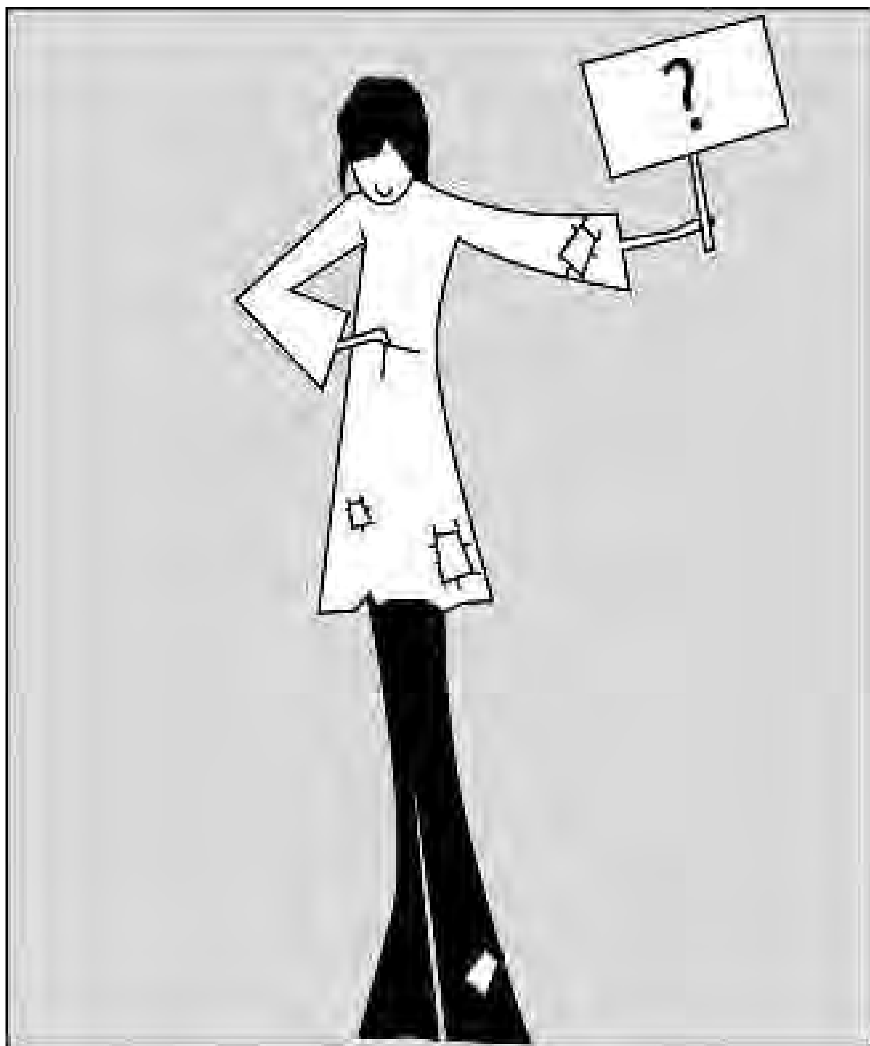
Lección 10
26 de febrero al 5 de marzo

Los celos



«Cruel es la furia, y arrolladora la ira,
pero ¿quién puede enfrentarse a la envidia?»
Proverbios 27: 4

Los celos: ¿Están libres los cristianos?

Sábado
26 de febrero

INTRODUCCIÓN

Santiago 3: 16, 17

«Pensé que a pesar de sus actitudes él todavía me amaba. Pero ya he dejado de creerlo. Me siento confundida. Creo que él ya no confía en mí. Es algo que realmente está afectando nuestra relación, y pienso que también está perjudicando a nuestros hijos». Alicia estaba repasando algunos incidentes que confirmaban que su esposo sentía celos de ella. Él la llamaba varias veces durante el día, para saber qué hacía y dónde estaba. Se incomodaba si ella salía de casa y no regresaba rápidamente, además escuchaba sus conversaciones telefónicas. «Ya no soporto esta situación», le dijo Alicia a una amiga. «Prefiero separarme de él».

También está Karen, quien creció en un hogar cristiano y desde joven se entregó al Señor. Ella era talentosa, alegre, y muy atractiva. Era miembro de muchas comisiones, siempre se le pedía que ayudara en los programas de su iglesia. Un día una joven llamada Christen comenzó a asistir a la iglesia, luego se bautizó y dentro de poco se la encargó de muchas de las cosas que Karen acostumbraba a realizar. Karen no se sintió bien al ver que Christen había «ocupado su lugar», y comenzó a disgustarse con otros miembros de la iglesia. Finalmente dejó de asistir a aquella congregación.

Los celos son una emoción dominante, que puede producir resultados peores que los mencionados en las ilustraciones anteriores. Los celos pueden provocar un sinnúmero de emociones y comportamientos, incluyendo la ira, la envidia, el resentimiento, las sospechas, la desconfianza y la maledicencia (Col. 3: 5-8), hábitos que no debe mostrar nadie que pretenda desarrollar un carácter cristiano.

La envidia y los celos tienen resultados negativos.

La Biblia afirma que «Dios es un Dios celoso» (Éxo. 20: 5; 34: 14; Deut. 4: 24; 5: 9; 6: 15; Jos. 24: 19), algo que pudiera servir de justificación a un individuo celoso. Sin embargo, los celos divinos significan que él «no comparte su gloria con ídolos» y que rechaza la adoración de «un corazón dividido».* Él sabe que no podremos afirmar con certeza que lo amamos si estamos escuchando al tentador quien es la fuente de los celos humanos (Isa. 14: 12-14).

La envidia y los celos tienen resultados negativos tanto en nosotros como en los demás. Los mismos se reflejarán en nuestra salud y en la forma en que nos relacionamos con nuestros semejantes. Como cristianos, no somos inmunes a estos sentimientos. Por lo tanto, esta semana consideraremos los celos, sus resultados y la forma en que podemos vencer esta dañina emoción.

---

* Ver: *Comentario bíblico adventista*. Comentario sobre Éxodo 34: 14.

Julia Campbell, Weschester, St. Catherine, Jamaica

Domingo
27 de febrero

Los celos: una maligna enfermedad

LOGOS

Génesis 37; 1 Samuel 18; Proverbios 6: 34; Cantares 8: 6; Santiago 3: 16, 17

Los efectos de los celos modernos (Sant. 3: 16, 17)

Oral y Roxanne tenían cinco años de casados. Oral tenía un gran carisma y era alguien muy seguro de sí. Por otro lado, Roxanne era una chica insegura, una posible secuela de un matrimonio previo. En varias ocasiones ella le habló con franqueza a Oral, pidiéndole que entendiera su situación, en lo que ella hacía los ajustes necesarios. Sin embargo, cada vez que Roxanne le hacía mención a Oral acerca de alguna chica que parecía estar interesada en él, la respuesta era que si acaso estaba poniendo en duda su fidelidad.

El resentimiento y el enojo mutuo creció, y el matrimonio parecía ir en picada hacia el divorcio. Roxanne se resignaba a vivir soltera, porque pensaba que nunca podría volver a confiar en un hombre. Aunque Oral le había sido fiel, ella dejó de amarlo.

Los celos comparados con un sepulcro (Prov. 6: 34; Cant. 8: 6)

Los celos son para la mente lo mismo que el cáncer para el cuerpo. Es un proceso degenerativo y doloroso. Es algo que va drenando lentamente tus energías, tus fuerzas y tu dedicación. Aprisiona a sus víctimas y hace que crean que van perdiendo el control de sus vidas. Sentir celos durante un prolongado período, implica un profundo dolor emocional, dando la sensación de que no existe escape alguno.

El sabio Salomón en Cantares 8: 6, vincula a los *celos* con la muerte y el sepulcro. Aunque la palabra celos que aparece en algunas versiones, pudiera traducirse mejor como «amor apasionado» o «pasión»; el paralelo establecido con un sepulcro suscita algunos interesantes pensamientos. La muerte, o el sepulcro, representan la dura realidad de una separación de nuestros seres queridos. Y lo que exacerba esta realidad es que muchas veces la separación ocurre de forma repentina. Cuando creías que todo marchaba bien fallece un ser querido, y sientes como que el mundo se te desploma. Los celos pueden suscitar un sentimiento de desesperanza parecido.

Los celos pueden ser difíciles de identificar.

Otra comparación entre los celos y la muerte es que la persona fallecida nunca se dará cuenta del dolor que los deudos habrán de enfrentar debido a su muerte. De igual manera, cuando luchamos con los celos pareciera como que los demás no se dan cuenta de la forma en que nos sentimos, o que no reconocen nuestras necesidades.

Quizá la más notable comparación entre los celos y el sepulcro es que este último simboliza a la muerte, y los celos pueden acabar con la vida de quien los sufre. Si los celos no se controlan pueden hacer que la persona pierda el control de su vida, convirtiéndose en alguien diferente, dando muerte al individuo original. En Proverbios

6: 34 se nos dice que los celos pueden ser motivos de ira. Los celos pueden nublar la mente hasta el punto de influir en el comportamiento y en la actuación de alguien que en circunstancias normales sería una persona inofensiva. Sin darse cuenta la persona cuya mente ha sido consumida por los celos, dejará de ser bondadosa. Es como si hubiera muerto.

Llevando la cuenta (Gén. 37)

Los hermanos de José sentían celos de él. Unos celos que se alimentaban del favoritismo manifestado por su padre. Aun así, no había excusas para el comportamiento de ellos. Jacob prefería a José porque «lo había tenido en su vejez» (Gén. 37: 3). Aquel favoritismo lo llevó a prepararle a José un vestido o túnica, parecido a los utilizados por la realeza. Esto atizó aun más los celos de sus hermanos. José tuvo algunos sueños que indicaban se convertiría en un gobernante, y que estaría por encima de sus hermanos. Esto fue suficiente para que ellos decidieran quitarle la vida.

¿Pueden los celos hacer que alguien le quite la vida a un semejante? Antes que digamos «no», sigamos con nuestro relato. Diez hombres estuvieron dispuestos a matar a su hermano menor por un vestido y por causa de algunos sueños. Sus profundos celos se habían convertido en una ira ciega, que no les permitía distinguir el bien del mal. Los celos pueden ser difíciles de identificar porque nuestra motivación puede parecer muy lógica. Pero si les damos rienda suelta, pueden crecer desmedidamente y dar cabida a serios pecados. Mientras más alimentes el comportamiento celoso, más difícil será eliminarlo. El momento para enfrentar los celos es cuando nos damos cuenta que estamos «llevando cuenta de la vida a los demás».[2]

Los celos de la realeza (1 Samuel 18)

Comprobamos en la Biblia que los celos pueden tener serias consecuencias. Saúl estaba tan celoso del éxito y de la popularidad de David, que cegado por la furia tomó una lanza y se la tiró, intentando atravesarlo con ella (1 Sam. 18: 8-11). Durante el resto de su vida, Saúl continuó intentando matar a David. Sin embargo, a pesar de todo ello, David le perdonó dos veces la vida a Saúl, cuando pudo haberlo matado a sangre fría. Esto representa otra faceta de los celos.

Si sabes de alguien que te cela o está celoso de ti, ¿podrías actuar como lo hizo David? ¿Podrías ser amigo, o amiga de dicha persona, en vez de enfrentarla?

PARA COMENTAR

1. ¿Has luchado alguna vez con los celos?
2. ¿Han influido los celos en la forma en que te relacionaste con alguien? ¿O acaso has intentado de mantener siempre las mejores con los demás?
3. ¿En qué otras formas podrían compararse los celos con un sepulcro?
4. Después de estudiar la parte para hoy, ¿qué piensas respecto al mandamiento que nos ordena no codiciar? ¿Qué otro mandamiento podría asociarse con la codicia? ¿Qué nos enseña lo anterior respecto a la naturaleza del decálogo?

---

1. *The Interpreter's Bible*, t. 5, p. 143.
2. Ver: *Life Application Study Bible* (Wheaton: Tyndale House, 1991), p. 77.

Ricardo Kerr, St. Catherine, Jamaica

Lunes
28 de febrero

El remedio divino para los celos

TESTIMONIO

Lee 2 Pedro 1: 4 ¿Sientes como que los celos te están devorando? ¿Te sientes miserable porque envidias lo que otros poseen? Entonces busca un antídoto en Jesús. Él anhela sanarte. Lee lo que Ellen G. White nos recomienda para vencer la envidia.

«Al aprender cada día del divino Maestro, al participar de su naturaleza, colaboramos con Dios».

«¡Qué belleza de carácter resplandecía en la vida diaria de Cristo! Hay que hacer una gran obra para conformar el carácter a la semejanza divina. La gracia de Cristo debe moldear todo el ser, y su triunfo no estará completo hasta que el universo celestial sea testigo de una ternura habitual de los sentimientos, de no amor como el de Cristo y de obras santas en el comportamiento de los hijos de Dios.

»Toda persona debe adquirir experiencia por sí misma. Nadie puede depender para la salvación de la experiencia o la práctica de algún otro. Cada uno de nosotros debe llegar a conocer a Cristo con el propósito de representarlo apropiadamente ante el mundo. "Todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder, mediante el conocimiento de aquel que nos llamó por su gloria y excelencia" (2 Ped. 1: 3). Ninguno de nosotros necesita disculpar su temperamento rápido, su carácter deformado, su egoísmo, envidia, celos, o cualquier impureza del alma, el cuerpo o el espíritu [...]

»Debemos aprender de Cristo. Debemos conocer que es él para los que ha redimido. Debemos comprender que por medio de la fe en él tenemos el privilegio de ser participantes de la naturaleza divina y escapar de este modo de la corrupción que está en el mundo por causa de la concupiscencia. Entonces seremos limpios de todo pecado, de todos los defectos del carácter. No necesitamos retener ninguna inclinación pecaminosa [...]

»Al participar de la naturaleza divina, las tendencias hacia el mal, heredadas y cultivadas, son extirpadas del carácter, y nos convertimos en un poder viviente para el bien. Al aprender cada día del divino Maestro, al participar de su naturaleza, colaboramos con Dios al vencer las tentaciones de Satanás. Dios obra y el hombre obra para que podamos ser uno con Cristo, tal como Cristo es uno con Dios».*

La maravillosa gracia de Dios, p. 235.

Jean Boeve, Detroit, Michigan, EE. UU.

¿Lucifer, Hera o Dios?

EVIDENCIA

Romanos 5: 8

En la mitología griega se consideraba a la diosa Hera como en extremo celosa y vengativa. Ella odiaba a otro dios llamado París, porque él no la había seleccionado como la más bella. También odiaba a los hijos de Zeus su esposo. Una versión de este relato afirma que ella estaba celosa porque Zeus había tenido una hija fuera de su matrimonio, llamada Athena. Al estar dominada por la ira, tomó a la niña y la arrojó desde la cima del monte Olimpo.[1]

El relato es una muestra más de que los celos generan conflictos. ¿Quiénes son los afortunados que no han sucumbido ante dicha trampa? Los celos pueden convertir a una persona en alguien vengativo, desalmado y rencilloso. Pensemos en Lucifer (Isa. 14: 12-14). Su experiencia es una buena advertencia para nosotros. Al igual que Lucifer, muchos tenemos cuanto necesitamos. Sin embargo, podría haber cosas que deseamos, o nos que sintamos celosos porque alguien posee algo que no disfrutamos. Lucifer desempeñaba grandes responsabilidades y ocupaba un segundo lugar después de Cristo. Sin embargo, aun deseaba más: «Subiré a la cresta de las más altas nubes, seré semejante al Altísimo» (Isa. 14: 14).

Muchas familias han sido destruidas por los celos, muchas guerras se han librado y también muchas vidas se han perdido. Hay buenos motivos para considerar a la envidia como un pecado (Éxo. 20: 17).

Sus celos no son iracundos ni destructivos.

¿Por qué, entonces se dice que Dios es celoso? El término griego para «celoso» implica un «entusiasmo enérgico y decidido, especialmente por una causa o idea». Un significado de celos es «demandar una lealtad exclusiva».[2] ¿Acaso no son estas cualidades o rasgos que describen a Dios? Sus celos no son iracundos ni destructivos. Observamos su celo por nosotros mediante la vida que su Hijo vivió, y aun más por la muerte que sufrió a favor nuestro. «Pero Dios demuestra su amor por nosotros en esto: en que cuando todavía éramos pecadores, Cristo murió por nosotros» (Rom. 5: 8). No estamos hablando de una diosa griega, o de Lucifer el dios de este mundo; sino de un Dios amante y compasivo, cuyos celos nos guardan celosamente en sus brazos.

1. Wikipedia. «Hera».
2. *Ibíd.*

Pedro López, Bronx, Nueva York, EE. UU.

Una fantasía más

CÓMO ACTUAR

Éxodo 20: 17

El equipo de casa se adueña del balón. Uno de los delanteros le pasa el balón a Mark, el más rápido del equipo. Con cinco segundos restantes, y abajo por un punto, ¡Mark encesta el canasto ganador! Los fanáticos se mostraban jubilosos, mientras que los compañeros de equipo de Mark lo llevaban en hombros. Sin embargo, a Anthony lo dejaron solo en el centro de la cancha. «A mí es a quien debían llevar cargado», piensa para sí.

Joel respira afanosamente mientras camina apresurado para no llegar tarde a clase, mientras que el sudor le corre por el rostro y la espalda. Vvvvrrrrooomm! Se detiene mientras se da vuelta, escuchando la música y el sonido del nuevo auto deportivo que uno de sus compañeros de clase estrena. Joel se apresura mientras que observa a su amigo quien ha venido hasta el estacionamiento de la escuela, en su auto deportivo, a recoger a su novia. «¡Si ese fuera yo!», dice con un suspiro. «Tendría demasiados amigos, y no tendría que andar a pie».

Cuántas veces nos hemos sorprendido envidiando a alguien; preguntándonos ¡cómo se pueden enfrentar esos sentimientos! Los siguientes son algunas sugerencias que nos pueden ayudar.

- ***Lee algunos libros inspiradores.*** Un buen comienzo sería el capítulo 59 de Patriarcas y profetas. Ese capítulo habla del deseo del pueblo de Israel de tener su propio rey, envidiando a otras naciones cercanas.
- ***Ayuda a otros menos afortunados.*** Ayudar a otros en necesidad nos proporciona un sentido de bienestar por haber logrado algo. Además, dar una mano a los demás desviará nuestra atención de aquello que no tenemos, y nos permitirá apreciar más lo nuestro.

«Él está siempre a nuestra diestra para apoyarnos, sostenernos y animarnos».

- ***Ora con fervor.*** Pídele a Dios que se convierta en el centro de tu vida. «En toda ocasión y lugar, en todas las tristezas y aflicciones, cuando la perspectiva parece sombría y el futuro nos deja perplejos y nos sentimos impotentes y solos, se envía el Consolador en respuesta a la oración de fe. Las circunstancias pueden separarnos de todo amigo terrenal, pero ninguna circunstancia ni distancia puede separarnos del Consolador celestial. Dondequiera que estemos, dondequiera que vayamos, él está siempre a nuestra diestra para apoyarnos, sostenernos y animarnos».*

PARA COMENTAR

Repasa Éxodo 20: 17. Luego medita en algunas cosas que has estado deseando. Vuelve a leer Éxodo 20: 17, sustituyendo ahora las palabras *esposa, casa, sirviente, buey, asno* por aquellas que representan los objetos que ambicionas.

**El Deseado de todas las gentes,* p. 639.

Linval Lewis, St. Catherine, Jamaica

¿Guerra o paz? Tú escoges

OPINIÓN

Ezequiel 28: 12-15; Isaías 12-14; Santiago 3: 16, 17

A menudo me pregunto qué sería del mundo si no existieran la envidia, la codicia y los celos. Quizá algunas amistades y relaciones todavía existirían, o a lo mejor alguien no habría gastado todos sus ahorros tratando de mantenerse a la par con los vecinos. Pero aun más importante es el hecho de que habría menos pecado en el mundo.

Confiemos en él para que nos ayude a vencer.

Satanás quiso ser semejante al Altísimo. «Y codiciando la gloria con que el Padre infinito había investido a su Hijo, este príncipe de los ángeles aspiraba al poder que sólo pertenecía a Cristo».* Por tanto, ideó un plan para derrocar al gobierno celestial; algo que eventualmente hizo que él y los ángeles que lo seguían, fueran expulsados del cielo. Allí comenzó una guerra que ha estado colmada de confusión y conflictos. Es una lucha que experimentamos siempre que nos dejamos afectar por la envidia y los celos.

Quizá observes a los alumnos más destacados de tu grupo, pensando: *¿Acaso serán tan inteligentes?* O, *¿Por qué tuvieron que darle ese premio?* Quizá lleguemos a despreciar a dichas personas y que nos mantengamos alejados de ellas. Si abrigamos sentimientos de envidia en nuestros corazones, terminaremos haciéndonos daño. Debemos ser cuidadosos al evaluar los logros ajenos. Santiago 3: 16 dice: «Porque donde hay envidias y rivalidades, también hay confusión y toda clase de acciones malvadas». ¿Qué tal si nos interesamos en analizarnos a nosotros mismos? ¿Realmente merecías ese reconocimiento? ¿Te esforzaste tanto como tus compañeros para obtener esas buenas calificaciones? ¿No será que estás envidioso, o envidiosa, por las calificaciones que reciben tus compañeros? ¿No estarán tus talentos en otros campos que no sean el académico o los deportes? ¿Acaso no tendrás otras habilidades que puedas cultivar, como la pintura o la música? Debemos preguntarle al Señor: «¿Es esto lo que deseas que haga? ¿Es esta la senda que debo seguir?»

Dios desea que nos llevemos bien con todos. Sin embargo, el enemigo frunce el ceño cuando los hijos de Dios se alegran, por lo que siempre está tratando de sembrar su cizaña. He escuchado de muchos casos en los que la envidia y los celos se han adueñado de una situación, al punto de que los protagonistas sufren daños físicos o emocionales. Esto equivale a la guerra.

Si Dios reina en nuestros corazones, nuestra primera reacción no será la ira. Más bien, confiemos en él para que nos ayude a vencer, a pensar con lucidez y a actuar de forma que reflejemos su amor. Esto equivale a la paz

Sopesemos las diferencias con el fin de decidir qué preferimos: ¿la guerra, o la paz?

**Patriarcas y profetas*, p. 13.

Shareka McFarlene, Greater Portmore, Jamaica

Viernes
4 de marzo

¿Valen la pena los celos?

EXPLORACIÓN

Éxodo 20: 17

PARA CONCLUIR

Uno de los más destacados relatos de la Biblia, relacionados con la codicia, involucra a David y a Betsabé. David tenía numerosas concubinas. Pero Urías únicamente tenía a Betsabé. Eso no le importó a David, quien vio a Betsabé, la codició y obedeció a sus impulsos. Pero, ¿valió la pena? Las acciones de David lo llevaron a cometer graves pecados, incluyendo el asesinato. La Biblia no dice si David estaba en realidad celoso de Urías, pero el caso es que llegó a desear a una mujer casada. Ciertamente, este es el resultado de seguir los dictados de la codicia ¿no es cierto?

Cuando actuamos por envidia o por celos, no ganamos mucho; más bien podemos perderlo todo, incluyendo nuestra re - lación con Dios. Los creyentes están llamados a contentarse con lo que tienen, y agradecer a Dios por lo que él les provee.

CONSIDERA

- Recortar de una revista algunas fotos o imágenes de cosas que has deseado poseer en algún momento. Pueden ser objetos, artículos, casas, u otras cosas. Luego, hazte las siguientes preguntas: *¿Confío realmente en Jesús para todas mis necesidades?*
- Redactar un breve párrafo respecto a alguna ocasión en que te venciste la codicia. ¿Qué sucedió? ¿Se sintió alguien herido o herida? ¿Tuviste que arrepentirte de algo? ¿Se afectó tu relación con Cristo? ¿Cómo reaccionaron las demás partes involucradas?
- Identificar algunos himnos que hablen de la codicia o la envidia? Medita en las palabras del mismo. ¿Piensas que el autor del himno o canción hablaba de su experiencia personal?
- Pensar en alguna situación en que Cristo hizo referencia a los celos o a la envidia.
- Entrevistar a alguien respecto a la forma en que vencieron alguna tentación relacionada a la codicia o a la envidia. Pregúntale a esa persona si hay algo que haría de una manera diferente, en caso que se presentara de nuevo una situación similar.

PARA CONECTAR

✓ Ellen G. White, *Patriarcas y profetas*, cap. 71, «El pecado de David y su arrepentimiento».

Jean Kellner, Columbia, Maryland, EE. UU.